

Discurso pronunciado por el historiador Juan Manuel Herrea en el cumpleaños de ADABI

Muy buenas tardes. Muchas gracias a la doctora María Isabel Grañén Porrúa y a la doctora Stella María González Cicero por esta invitación que me honra.

En hasta el fin del mundo de Wim Wenders un personaje descubre un artilugio tecnológico que puede grabar sus sueños. Una vez en la pantalla los sueños propios son una visión de la cual es imposible desprenderse, tienen un efecto adictivo. Es posible vivir a condición de no dejar de ver esa maravilla que habita en los sueños. De la misma manera, estar atado al tiempo es una de las formas más puras de la contemplación. La portada de la revista *Adabi, punto de encuentro* alude a esa doble fascinación, la memoria como sueño de una nación, el tiempo como relojería: engranajes infinitos en los papeles de archivo hacen las veces del suave sonido de lo que se desprende, minuto a minuto, en esa maquinaria colosal.

Un reloj es una máquina tan común y popular en la que todos vemos la hora, pero no necesariamente advierte acerca del tiempo. La portada de ADABI es una *carte de visite*; pues se ha dicho que ADABI es una suerte de milagro o caso excepcional entre nosotros.

Cuenta con la sensibilidad y el apoyo de la doctora María Isabel Grañén Porrúa y de don Alfredo Harp Helú; sigue las pautas expertas de la doctora Stella María González Cicero; despierta simpatía por doquier, hace escuela; convoca el espíritu de la historia y de la memoria. No produce conflictos y deja a su paso –se dice fácil– gente entrenada, acervos ordenados y descritos, y muchas publicaciones como las que el día de hoy nos reúne en el Colegio de Vizcaínas.

En estos tiempos en los que la memoria es programa y la historia celebración, la tarea de ADABI es doblemente importante, la maquinaria de relojería que ha puesto en marcha, sin embargo, exige continuidad, requiere del apoyo de las instituciones, así como fundamentalmente de las ideas, la pasión, la sensibilidad de todos quienes estamos interesados en la memoria histórica de México.

Ha hecho, en unos cuantos años, un arte de un oficio extraño: recuperar del pasado testimonios perdurables e insistir en su valor para la sociedad mexicana presente y futura.

Las publicaciones de ADABI cumplen en buena medida esa tarea abrumadora. Cada vez que reviso la tarea editorial de ADABI año tras año, me ocurre lo mismo: hay tanto trabajo bajo el testimonio de numerosas publicaciones que no queda tiempo más que para la admiración pero también para la incomprensión.

Admiración que se desprende de la absoluta buena ley del metal con el que están hechas; incomprensión, porque no se sabe de dónde surge tanta energía, buena dirección técnica, trabajo constante para tantos y tantos proyectos que invitan, a través de los catálogos, inventarios, ensayos, e innumerables ediciones, a recuperar y organizar la memoria de nuestro país como algo invaluable. Por añadidura, estas publicaciones son el soporte, la tabla de numerosos registros de la historia de México, cuyo derrotero son otras tantas investigaciones.

Podemos resumir, sin embargo, que no hay forma de seguirle el paso a la producción editorial de ADABI. No hay un solo ejemplo equiparable en el mundo. Ni siquiera entre las instituciones de

mayor prestigio en Europa y en nuestro continente, dedicadas a la protección de archivos es posible identificar esta inmensa tarea de localizar, ordenar acervos y publicar resultados en tan poco tiempo. Basta mirar la página del Consejo Internacional de Archivos de la UNESCO

para establecer en buen método y darse cuenta de la destacada labor de ADABI frente a otras instituciones del mundo. La iniciativa misma, ADABI mismo y, sobre todo, los resultados alcanzados en México por esta institución tan inusual son alentadores, pues confirman que es posible hacer consistente el trabajo de recuperar acervos de importancia histórica en todo el territorio.

Las publicaciones de ADABI nos dan un respuesta, así sea parcial, del noble esfuerzo que acarrea la protección de la memoria mexicana. Pero no es difícil establecer, por ser eminente, que el trabajo de ADABI es una experiencia irreplicable, porque la combinación virtuosa entre el apoyo de don Alfredo Harp y la voluntad y alcance reunidas de las doctoras Grañén Porrúa y González Cicero han convocado y sostenido cientos de proyectos de rescate de la memoria y la feliz circunstancia de otorgar resultados a la vista de sus publicaciones. De ahí su importancia como testimonio irrefutable de la magnífica iniciativa puesta en marcha hasta hace apenas unos pocos años.

Lleva tiempo comprender los muchos ecos de estos libros que pone en circulación el sello editorial de ADABI, pero precisamente al paso del tiempo, en el futuro, quién tenga la paciencia de revisar su catálogo acaso hará el mismo gesto de admiración y de incompreensión que se desprende de esta tarea admirable.

Miren ustedes, en ADABI, un punto de encuentro, en esta nueva publicación tan importante tenemos un reporte de las publicaciones del año en curso: inventarios, noticias de acervos fotográficos, estudios históricos, en fin, guías, catálogos y manuales que han ocupado esta mañana y las anteriores mesas.

Pero este despliegue de recursos de información editorial puede hoy, gracias a ADABI, parecer normal y aun esta profusión de buenos resultados puede despertar legítimamente el deseo por contar con más y más publicaciones. Pero es que esto no es normal, quiero subrayarlo. La tarea editorial de ADABI no es lo que podría esperarse de una institución que además hace muchas otras cosas y las hace bien.

Este catalogo editorial es una de las formas más acabadas de la desmesura. Para entenderlo cabalmente creo que hay que navegar aguas arriba. He sido testigo directísimo durante los últimos 30 años de la actividad archivística en nuestro país; pero hay que ir un poco más atrás para tomar instancia y hacernos una idea de la desproporción que el catálogo de ADABI provoca.

Si tomamos como año de arranque el de 1950, apenas ayer, lo que tenemos es un campo yermo de publicaciones de archivo. Tomo como referencia útil *Historia Mexicana*, la revista del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, que publica desde 1951 una serie de reportes de archivo, más tarde la sección se llamaría *Examen de archivos*. Si echamos un vistazo a lo que publicó en esos años, nos daremos cuenta de lo excepcional que era tener noticias de acervos en el país. En 1951 publicó tres artículos que no eran otra cosa sino la rica polémica entre don Daniel Cosío Villegas y Pablo Martínez del Río, acerca del archivo de Porfirio Díaz. En 1952 *Historia Mexicana* no publicó ningún artículo, pero es el año de imprenta del famoso libro de Manuel Carrera Stampa: *Archivalia Mexicana*. En el 54 Max Ynsfran publicó una nota sobre el Archivo de Lucas Alamán, cuya conclusión no se publicaría sino hasta el año siguiente. En el 56 John Haggard publicó una nota sobre el Archivo de Béxar. En el 57 nada. En el 58 tres colaboraciones: una nota de Luis Weckmann sobre los acervos de interés para México y París, una de Jean-Pierre Berthe, sobre el Archivo Municipal de Colima, y otra

de Guadalupe Monroy sobre el Archivo de Matías Romero. En el 59, 60, 61 y 62, nada. En el 63 el Archivo del Ayuntamiento de México también de Manuel Carrera Stampa.

En el 64 una nota de la querida maestra María del Carmen Velázquez sobre el ramo de Filipinas en el AGN. En 65 y 66 nada. En el 67 Cayetano Reyes publicó una nota sobre el Archivo Notarial de Orizaba; en 68 y 69 nada. 70, Luis Reyes hizo una nota sobre el Archivo Municipal de Zongolica, Veracruz. En el 71 un reporte de mi buen amigo Hermes Tovar Pinzón, el ilustre historiador colombiano, sobre el Archivo Jesuita y el Archivo Nacional de Chile. Parémosle de contar.

Hasta esas épocas, este era el panorama muy poco aderezado alrededor con otras publicaciones. Este es un buen panorama de lo que se publicaba sobre archivos en México entre los 50 y los 70. Es cierto que en esa década, a fines de los 70, arrancó una máquina de publicar que fue el Archivo General de la Nación, bajo la dirección de Alejandra Moreno Toscano; pero muchas de las publicaciones eran reportes que estaban guardados en los cajones de los muchos trabajadores del AGN y por décadas no se habían publicado. Y empezó el reporte del Registro Nacional y los rescates de archivos en todo el país.

De ahí para el real, el AGN ha mantenido una importante producción editorial que hoy se refrenda bajo la dirección de la doctora Aurora Gómez Galvarriato. Pero ese publicar a cuenta gotas es lo que hoy ha cambiado, y hondamente, con la propuesta editorial de ADABI, que es sólo un corolario, como he dicho antes, de las actividades de organización, entrenamiento, conservación y apoyo que realiza en todo el país.

Por eso me interesa destacar un concepto, la visibilidad, la memoria, por así decir, que ADABI nos regala. Voy a referirme a dos notas del siempre luminosos Italo Calvino respecto de la visibilidad de la memoria, pues siempre puede parecer, y esto será una ilusión, que la memoria está ahí *per se* y que, aunque las notas de Calvino no corresponden estrictamente a los archivos sí corresponden al espíritu de lo que hoy nos reúne aquí.

La primera tiene que ver con lo que él llama la lectura de la Columna Trajana. Como se sabe, esta columna conmemora las victorias de Trajano frente a los dacios y fue concluida en el año 114. Acaso alguno de ustedes subió los muchos escalones del espiral que en su interior sirve para llegar al mirador de la parte superior, pero al tomar la escalera de caracol uno va por el centro, pero no ve nada. Estando en el interior el mensaje queda oculto, y en el caso de los archivos frecuentemente ocurre que todo el trabajo de una institución de archivo queda oculto en el archivo mismo, no es visible la riqueza de los acervos para la sociedad y para los estudiosos. ADABI precisamente nos ofrece la posibilidad de ver los archivos.

Pues bien, Italo Calvino cuenta que en 1981 gracias a un proceso de limpieza y restauración de la columna, se instalaron andamios y se le ofreció una posibilidad más que rara, única, una ocasión que quizás se presente por primera vez en los 19 siglos transcurridos desde que se levantó. Los bajorrelieves se pueden ver de cerca y quizá se pueden ver *in extremis* porque el marco de la superficie esculpida se va convirtiendo en yeso soluble en agua y la lluvia lo estaba haciendo desaparecer. La superintendencia de antigüedades justamente trata de proteger con los andamiajes esa película friable a la espera de encontrar un sistema para fijarlo; sistema que todavía no se sabe si existe. ¿Será culpa del esmog?, ¿será culpa de las vibraciones? o ¿será la muela del tiempo que milenio tras milenio lo sigue reduciendo todo a polvo? El caso es que la presunta eternidad de los vestigios romanos ha llegado quizá al crepúsculo y nos tocará ser testigos de su fin.

Enterado de esto me apresuré a subir a los andamios de la Columna Trajana, sin duda el

monumento más extraordinario que la antigüedad romana nos ha dejado y también el menos conocido, a pesar de haberlo tenido su narrativa toda hecha de detalles minuciosos de gran belleza, que adquiere una lectura salida del espiral de bajorrelieves de 200 metros de largo, que narran las dos guerras de Trajano en Dacia. Y hasta ahí la primera cita de Calvino.

Esta gran oportunidad de Calvino nos descubre una evidencia, la memoria no está ahí para siempre, debe cuidarse, pero también debe verse. Esa es la rara oportunidad que nos ofrece ADABI, trabajar con nuestros archivos y bibliotecas. Propicia su cuidado, pero también nos ayuda a ver a través de las publicaciones. Es posible ver los archivos a condición de poder seguir esta labor tan amplia de ADABI.

La segunda anécdota de Italo Calvino es extraordinaria, más conocida, pero que no deja de ser emotiva. Su visita al árbol de Tule, en Oaxaca, que es memoria esencial:

Es un monstruo que crece y se diría sin plan alguno. El tronco es uno y múltiple, como envuelto en las columnas de otros troncos menores que surgen adosados al mastodóntico fuste central o se separan de él casi como si quisieran hacerse pasar por raíces aéreas que hubiesen caído desde lo alto de las ramas como ancla para encontrar la tierra, cuando en realidad son proliferaciones de las raíces terrestres que crecen hacia arriba. El tronco parece unificar en su perímetro actual una larga historia de incertidumbres, germinaciones, desviaciones como esquifes que no logran hacerse a la mar. Surgen del tronco vigas horizontales cortadas hace mil años cuando estaban dando vida a una bifurcación de la planta y que han perdido toda memoria de su primera intención, para convertirse en cortas protuberancias gibosas. De los codos y ramas que sobrevivieron al derrumbe en épocas remotas continúan separándose ramas secundarias anquilosadas en una incómoda gesticulación. Nudos y heridas han seguido dilatándose, proliferando unos en excrecencias y concreciones; protuberando otros con sus bordes desgarrados, imponiendo su singularidad como el sol en torno al cual irradian las generaciones de células y sobre todo esto. Espesada, encallecida, creciendo sobre sí misma. La continuidad de la corteza que revela toda su fatiga de piel decrepita y al mismo tiempo la eternidad de aquello que ha alcanzado una condición tan poco viviente que ya no puede morir.

Al leer esto, en este contexto, pienso que el árbol del Tule parece la memoria mexicana y los esfuerzos por encontrarle sentido, recuperarlo, no perderlo, pese a todo. Pero una pregunta de Calvino remata su observación del árbol. "¿Quiere decir que el secreto de durar está en la redundancia?". Si esta pregunta que nos planteamos hoy, ADABI nos contesta que sí, que es indispensable redundar en la memoria mexicana para hacerla durar. Por ello las publicaciones, el catálogo 2010 y su nueva revista constituyen un motivo de felicidad, pues año con año ADABI ofrenda su compromiso con la protección del patrimonio histórico de México.

Es natural la aparición de una publicación periódica para ADABI; me parece que complementa el sitio web, cada vez más útil, y es una publicación que pasa revista a muchos temas y dé cuenta con las numerosas actividades, y de las muchas personas que convoca este esfuerzo singular.

No me resta sino felicitar e invitar a felicitar a la Dra. María Isabel Grañén Porrúa, a la Dra. Stella María González Cicero y a don Alfredo Harp Helú, por hacer de este sueño de la memoria mexicana un árbol frondoso.